

tado complicados en la conspiración contra Paulo II. Sixto IV no vió en el Humanismo sino un movimiento puramente literario y científico, sin peligro para la religión; y no participó de los cuidados que habían excitado en su predecesor los excesos de la falsa dirección pagana de muchos literatos. «Por ventura pudo creer también, que el miedo que habían pasado los humanistas, habría echado de ellos las ideas peligrosas.» Pomponio Leto pudo tener nuevamente sus prelecciones, con la más ilimitada libertad, y no se opuso el menor obstáculo á las sesiones de la Academia. Era un espectáculo notable: «el culto de la Antigüedad florecía con sus lados buenos y sus extravíos, bajo un minorita sentado en la Silla Pontificia, el cual parece no haberse preocupado poco ni mucho del literario pontificado de Pomponio Leto. Las reuniones en el Quirinal, en casa de Pomponio, junto á los huertos de Constantino, donde vivía también Platina (1), fueron más brillantes que nunca. La Academia obtuvo reconocimiento público, lo cual era precisamente el medio más sencillo para hacer que no fuera peligrosa (2). Aun altos dignatarios eclesiásticos estuvieron con ella en las más amigables relaciones, y por su parte los miembros de la Academia se esforzaron en disipar toda prevención, dando exteriormente á su junta y á sus reuniones un aspecto cristiano (3). Cuando los académicos celebraron á 21 de Abril de 1483 el día natalicio de la Ciudad de Roma, precedió una misa solemne celebrada por el prefecto de la Vaticana, Demetrio da Lucca, después de lo cual pronunció un discurso Paulo da Pescina; y en el banquete que tuvo lugar después, tomaron parte seis obispos. En dicha festividad académica se leyó el privilegio, en virtud del cual el emperador Federico concedía á la Academia el derecho de nombrar doctores y coronar poetas; y algunos vates jóvenes recitaron sus versos (4).

Testimonio elocuente de la prudencia y conocimiento de los hombres que adornaban á Sixto IV, es su conducta respecto de Platina, uno de los más apasionados miembros de la Academia. El Papa supo ganarse enteramente á aquel adalid de la oposición,

(1) Las causas de estos dos eruditos andaban juntas, v. Adinolfi II, 254; cf. Arch. d. Soc. Rom. 1877, 478 s.; 1887, 635.

(2) Reumont III, 1, 351. Cf. también Schmarsow 28; y sobre Pomponio Leto, Infessura (ed. Tommasini 118 Nota).

(3) Cf. arriba p. 39 ss.

(4) Jacob. Volaterranus 185.

otorgándole el brillante y honroso empleo de director de la Biblioteca Vaticana. Con tanta prudencia como habilidad encomendó el Papa á Platina «dos grandes incumbencias, que le quitaban todo peligro de hostilidad antipapal», y más bien ponían todas las fuerzas y dotes de aquel literato sencillamente al servicio del mismo Poder contra el cual en otro tiempo se había rebelado. El talento estilístico de Platina, del cual había dado una buena prueba en su Historia de Mantua, lo utilizó Sixto IV encargándole la composición de una Historia de los Papas, á lo cual se agregó luego el encargo de formar una colección de documentos sobre los derechos de la Santa Sede (1). Ya á fines de 1474, ó principios de 1475 (2), pudo Platina entregar á su augusto favorecedor su Historia de los Papas (3), la cual es, bajo muchos concep-

(1) Schmarsow 28. Cf. Gabotto, Tre lettere di uomini illustri 13.

(2) Esta fecha se saca del dato de que la obra de Platina se extiende hasta el Noviembre de 1474. Por consiguiente, Döllinger Papstfabel 22, está enteramente en un error, cuando pretende que la Historia de los Papas de Platina se escribió hacia 1460. Vairani (I, 6), indica el año 1473 para la composición de la obra.

(3) Yo hallé en el Cod. Vat. 2044 de la *Biblioteca Vaticana* el ejemplar ofrecido á Sixto IV. Es un magnífico manuscrito del renacimiento, escrito en pergamino con hermosa caligrafía, de 236 hojas en folio. En el f. 1, comienza así: «Prohemium Platynae in vitas pontificum ad Sixtum IIII. P. M. Multa quidem etc.» La M está adornada con una hermosa miniatura, que representa las armas de los Róvere, sostenidas por dos genios desnudos. Cada palabra está pintada con color diferente: azul, encarnado, verde, lila, oro, lo cual sobre un fino pergamino produce una admirable impresión. En el f. 2, se halla una miniatura todavía más hermosa: es el retrato del Papa pintado por arte maravilloso con finísimos colores, con esta inscripción al rededor: «Sixtus Pont. Max.», al cual sirve de marco una corona de hojas verdes de encina con bellotas doradas (cf. Steinmann 611 s.). Las letras de diversos colores vuelven á aparecer también en otras partes; así luego en el f. 3, donde se ven de nuevo dos genios desnudos, pero esta vez sin las armas. Aquí comienza propiamente la historia: «Platynae historici liber de vita Christi ac omnium pontificum qui hactenus ducenti fuere et XX. Nobilitatis maximam partem etc.» Este ejemplar original de una historia tan célebre es importante por tres aspectos: 1.º Contiene f. 229-236*, la vida de Sixto IV, la misma enteramente que halló Muratori III, 2, 1045-1065, en un Cod. Urb., esto es, sin el suplemento relativo al hospital de S. Spirito. Con esto se confirma enteramente la opinión de Schmarsow, de que Platina fué el autor de esta Vita; v. también arriba p. 247. 2.º Todos los pasajes, que causan algún escándalo, v. gr. los dirigidos contra Juan XXII, f. 177, están también aquí, como asimismo las palabras que pronto vamos á citar, con las que censura violentamente la situación de la Iglesia en aquel tiempo. 3.º Son finalmente de interés, una serie de adiciones, probablemente de la mano del mismo Platina, que son simples correcciones, ya también de mutaciones del texto, principalmente en la biografía de Paulo II; las cuales consisten en atenuar algunas expresiones, y aun también en añadir otras más enér-

tos, una importante producción para aquellos tiempos. En vez de la confusión y carácter fabuloso de las crónicas de la Edad Media, alcanzó en ella, por primera vez, el mundo erudito, un manual claro de la Historia de los Papas. La perspicuidad de la exposición, el estilo conciso, y, no obstante, claro, fácil y elegante, han procurado á las Vidas de los Papas, de Platina, numerosos lectores hasta nuestra misma época (1).

En el prólogo, dirigido á Sixto IV, ensalza Platina, según la costumbre de los humanistas (2), el valor y alteza de la Historia. Es notable su declaración, de que no empleará absolutamente en asuntos cristianos, las expresiones clásicas gentílicas. Comienza su obra con Cristo, para que fluya luego, como una fuente manantial, desde el Emperador de los Cristianos á los Obispos romanos hasta los tiempos de Sixto. En la exposición de la Historia de los Papas más antiguos, se fija Platina, con admiración, repetidas veces, en los antiguos monumentos. «En la iglesia de San Andrés, junto á Santa María la Mayor, dice en la vida de Simplicio, he visitado frecuentemente las antigüedades, con lágrimas en los ojos por la desidia de aquellos á quienes está encomendada la conservación de esta iglesia ruinosa» (3).

Es digno de reconocimiento el sentido crítico que muestra Pla-

gicas. Sobre eso he dado más pormenores en mi artículo «Die Originalhandschrift von Platinas Geschichte der Päpste» que publiqué en el *Quiddes Zeitschr. f. Geschichtswissenschaft* IV (1890) 350 ss.

(1) Cf. Tiraboschi VI, 1, 279; Villari I, 130; Bissolati 73 s.; Wegele 35. Müntz en la *Rev. des deux Mondes* 1881 (Nov.), 174. Todavía en 1888 salió á luz una traducción inglesa de la Vida de los Papas de Platina. Esta obra fué impresa por primera vez en Venecia, en 1479, por dos alemanes, á la que se siguió en 1481 una edición hecha en Nuremberg (Hain 13.047), y después otras innumerables, en las cuales ciertamente han sido mutiladas muchas cosas; cf. Vairani I, 11-12 (en esta obra, en la pág. 119, hay también el «Prohemium Platinae ad Sixtum IV in libellum Plutarchi de ira»), y Potthast, *Bibl.* I, 495. Lo que trae Bissolati (165 s.) es insuficiente. El Índice romano no ha prohibido la obra de Platina. En cambio se halla ésta en el Índice de Parma de 1580, con la nota siguiente: «ut qui sanctiss. Pont. vitas inique aliquando reprehendat et sacrosanct. illorum decreta impie oppugnat; inspiciatur vita Ioannis tum VIII, tum XXIII»; v. Reusch, *Die Indices libror. prohib. des 16. Jahrhunderts*, Tübingen 1886, 580.

(2) Cf. en general Voigt, *Wiederbelebung* II³, 489, y además Sigismondo de' Conti I, 4.

(3) El interés anticuario sobresale también muchas veces sin quererlo el autor. S. Gregorio VII es defendido de la calumnia de haberse ensañado contra los restos de la antigüedad, como falsamente le achacaban los cronistas ignorantes del siglo XIV.

tina; aunque es verdad que no se mete en muchas honduras, porque, como dice, no quiere interrumpir el curso de la narración (1). En la exposición de la Historia de los Papas del siglo XV, principalmente de los inmediatos predecesores de Sixto IV que Platina había conocido personalmente, no sólo acierta á utilizar con habilidad especiales conocimientos, sino sabe también trazar aquí un retrato de las personas, que se aproxima mucho á la verdad real. Esto puede decirse principalmente de su descripción de la vida de Nicolao V y Pío II. Es también digna de todo reconocimiento la libertad de ánimo con que se ponen de manifiesto, en esta obra, dedicada á Sixto IV, las faltas de los papas antiguos y modernos (2); lo cual, no solamente honra al autor, sino también á su augusto favorecedor. Tanto más penosamente impresiona, por el contrario, el que Platina, en la exposición del reinado de su antiguo enemigo Paulo II, no haya sabido elevarse á la altura de un historiador imparcial. La muerte es muy poderosa para aplacar los odios, y teníamos derecho para esperar que, después que Paulo II había sido arrebatado del número de los vivos, Platina hubiera hecho justicia á su memoria; pero ni una sola vez se advierte en él el menor asomo de esto. El gobierno de Paulo II se describe con mucha parcialidad, y aun se llega á tratarlo con modesta acerbidad, á sabiendas é injustamente (3). Hasta en aquellos lugares que no ofrecían absolutamente ninguna ocasión para ello, da Platina curso á su rencor contra aquel Pontífice (4); lo cual es tanto más lamentable, cuanto precisamente las biografías de los Papas de la época del Renacimiento son la única parte de su obra que tiene originalidad.

También muestra Platina su apasionamiento cuando viene á tratar del estado que en su tiempo tenían las cosas eclesiásticas;

(1) Gregorovius VII³, 589. La fábula de la Papisa Juana se le hizo sospechosa á Platina; sin embargo de eso, no quiso pasarla en silencio, porque casi todos la sostenían; v. Döllinger, *Papstfabeln* 22. Falta todavía un estudio especial sobre las fuentes de Platina; para eso hay algunas observaciones, pero del todo insuficientes, en Aschbach, *Kirchenlexikon* IV, 601 s., y en Ranke, *Zur Kritik neuerer Geschichtsschreiber*², Leipzig 1874, 97*.

(2) Cf. Wachler, *Gesch. d. historischen Forschung* I, Göttingen 1812, 155 s.; G. Romano, *Degli studi sul medio evo nella storiografia del Rinascimento in Italia*, Pavia 1892.

(3) Juicio de Schmarsow 29. Cf. también Rossi, *Quattrocento* 122 y arriba p. 59.

(4) Cf. los pasajes en la Vida de Adriano y Esteban VI.

y por modo curioso, no hace esto al escribir las vidas de los papas del siglo xv, sino ingiriendo tales expansiones en las biografías de los papas antiguos; por lo cual producen el efecto de ataques encubiertos. Ya al tratar de Dionisio I, se lamenta Platina de la pompa y orgullo del alto clero; al tratar de Julio I, Zósimo I y Bonifacio III, repite semejantes reproches dirigidos contra los eclesiásticos del siglo xv. En la vida de Esteban III, flagela duramente las costumbres corrompidas de los cardenales de Sixto IV, y otro lugar todavía más apasionado, acerca del estado de las cosas eclesiásticas en su tiempo, lo intercala en la vida de Gregorio IV (1). Algunas de estas reprensiones eran en sí ciertamente justas; pero producen impresión muy extraña en boca de un hombre que llevaba él mismo una manera de vida harto liviana (2). Todavía es más reprehensible, que Platina repita, hablando de Juan XXII, lo que afirmaba el partido de la oposición: que el decreto de este Papa, sobre que Cristo no había poseído ninguna propiedad, estaba en desacuerdo con la Sagrada Escritura. Las frívolas inscripciones (3) de los académicos romanos colegas de Platina, halladas en las catacumbas, arrojan muy desfavorable luz sobre el amor á la verdad de nuestro historiador, el cual dice haber visitado aquellos santos lugares, con algunos amigos, *guiados por la devoción* (4).

Debe naturalmente sorprender que Sixto IV aceptara la dedicatoria de semejante obra; mas por ventura no se enteró del contenido de ella sino en lo que se refería á la historia de su propio pontificado, y esta parte, que alcanza hasta Noviembre de 1474, no pudo menos de llenarle de satisfacción; y prueba del contento de Sixto IV es el empleo de Platina como bibliotecario de la Vaticana, que se le concedió el año siguiente. En aquel empleo recibió Platina encargo del Papa, de disponer la gran colección de privilegios de la Iglesia Romana, que todavía conserva actualmente

(1) En la Vida de Bonifacio V, se intercala una consideración sobre el peligro de los Turcos en el siglo xv, y después se queja el autor de nuevo con extraordinaria vehemencia del clero de entonces.

(2) V. la prueba tomada del * Cod. Vat. 9020, arriba en la p. 59.

(3) «*Invisi ego haec loca cum amicis quibusdam religionis causa.*» Vita Calisti I, 56.

(4) Sobre la ligereza, con que Platina atribuye á Pío II ciertos dichos, que él no pronunció como Papa, v. vol. III, p. 82. Como historiador de Mantua, tampoco se muestra Platina enteramente libre de parcialidad, cf. Fantuzzi VI, 2, 102.

en tres volúmenes el Archivo Vaticano. Este trabajo, cuya utilidad reconocen los analistas de la Iglesia (1), llegó á su término durante la guerra con Florencia (2); y también aquí mostró Platina sentido crítico, excluyendo de su colección de documentos la Donación de Constantino. El preámbulo de dicha obra es interesante, por cuanto Platina, no sólo huye en él de toda tendencia antieclesiástica, sino antes al contrario, expresa su aprobación acerca del proceder de los papas contra los herejes y cismáticos. Según esto parece indudable que Sixto IV logró ganar para los intereses de la Iglesia á aquel antiguo partidario de la oposición. Una cosa semejante se puede decir del orgulloso Pomponio Leto, el cual celebró ahora con sus versos al Papa Sixto IV (3).

Platina murió en 1481, y en el primer aniversario de su fallecimiento dispusieron sus amigos, entre ellos también algunos prelados, una solemnidad funeral en la iglesia de Santa María la Mayor, donde el biógrafo de los papas había hallado el lugar de su último descanso (4). Un agustino, obispo de Ventimiglia, celebró la santa misa, después de la cual se roció el sepulcro con agua bendita y ofrecióse incienso. Luego subió al púlpito Pomponio Leto, presidente de la Academia, para pronunciar una oración fúnebre en memoria de su difunto amigo. Según el testimonio de Jacobo Volaterrano, fué aquel discurso enteramente religioso y lleno de graves sentencias; pero después de él, un poeta de Perusa, llamado Astreo, declamó desde el mismo púlpito, una lamentación en metros elegíacos sobre la pérdida de Platina. Que tales cosas se permitieran en la iglesia, muestra en todo caso «la increíble libertad» que reinaba en Roma, para valernos de la frase de Filelfo. No hay que pensar, sin embargo, que los varones graves dejasen de recibir escándalo, de que en el templo de la Reina de los Cielos se pronunciaran desde el púlpito, luego en seguida de la misa de difuntos, y por un lego sin ninguna señal de eclesiástico oficio, versos que, aunque muy elegantes, eran, según observa Jacobo Vola-

(1) Raynald 1478 n. 48. Cf. Mitteilungen des österreichischen Instituts VI, 208, y Guiraud 45 s.

(2) Esto se saca del prólogo, cf. Marini, Archivi 21 y Regestum Clementis V, I, XLIX y CCXXVII.

(3) Gregorovius VII*, 574-575.

(4) Cf. Bissolati 82 y Archivio Veneto 1887, fasc. 67, p. 161. Todavía se conserva la losa sepulcral ¡sin el cristiano distintivo!.

terrano, muy ajenos de nuestra religión é indignos de aquella santa ceremonia (1).

La Roma de entonces abundaba, en general, extraordinariamente, en extraños contrastes, sin que chocaran hostilmente unos contra otros. El Humanismo cristiano y el pagano iban á la par, así como los abusos y las reformas, en materia eclesiástica (2).

2.

Incomparablemente más que la Literatura, fomentó Sixto IV las artes durante su largo reinado; de suerte que, no sin razón, se ha designado su tiempo como el punto culminante de la producción artística en Roma, durante el siglo xv (3). Desde el principio estaba Francisco della Róvere firmemente resuelto á continuar la obra de Nicolao V, adornando la Capital del orbe cristiano con los honores y el esplendor de una universal potencia; pero naturalmente, había de hacerse esto en diferente forma, por cuanto su personalidad era muy distinta de la del fundador del mecenazgo pontificio. Sixto IV tuvo común con Nicolao V el celo por lo universal; pero se distinguen entre sí, en que el Papa Róvere se ciñó á lo posible y práctico, sin dejar que la fantasía empuñara las riendas tan desapoderadamente, como aconteció en los gigantescos proyectos de su predecesor. A esto se agregó, haberse concedido á Sixto la dicha de reinar bastante largos años para llevar á cabo sus principales empresas (4).

Los versos de Platina sobre la apertura de la Biblioteca Vati-

(1) Jacobus Volaterranus 171. Schmarsow 189. Burckhardt, Kultur I, 258. Bullet. Senese VI, 176. Morus V, 244, menciona una poesía de Ludovico Lazarelli á la muerte de Platina. Sobre el retrato de Platina v. Schmarsow, Melozzo 241, y Müntz, Le Musée de P. Iove, París 1900, 47.

(2) Cf. arriba p. 632. Podría ser éste el lugar de mencionar, que el Cod. 14 del *Archivo de la Capilla Pontificia* contiene figuras mitológicas muy inconvenientes y un Amor desnudo con medias violadas; cf. Haberl, Bausteine I, 72. Cosas de esta clase no llegaron ciertamente al conocimiento del Papa, el cual castigó á un pintor obscuro (Infessura 1178; ed. Tommasini 147), aunque era apasionado amigo del arte.

(3) Gregorovius VII³, 639. Cf. Müntz III, 11 y Reumont III, 1, 402.

(4) V. Reumont en la Literar. Rundschau 1878, 334, y Müntz III, 17.

cana, que adornan el retrato de Melozzo da Forlì, expresan, con brevedad concisa, lo que Sixto hizo por Roma:

Templa, domum expositis, vicos, fora, moenia, pontes;
Virgineam Trivii quod repararis aquam.

Prisca licet nautis statuas dare commoda portus,
Et Vaticanum cingere Sixte iugum:

Plus tamen Urbs debet: nam quae squalore latebat,
Cernitur in celebri bibliotheca loco (1).

La renovación exterior de la Ciudad eterna, y la transformación de su forma medioeval en la que correspondía á las crecientes necesidades de la época, se relaciona como ya dejamos dicho, con la aproximación del año jubilar. Actualmente, sólo en algunas partes de Roma es posible formarse idea del estado en que se hallaba la Ciudad hace más de cuatro siglos. No era sino una maraña, sin plan, de estrechas, torcidas y sucias callejuelas, trazadas sin atención ninguna á las ordinarias necesidades de una gran ciudad. En muchas partes las calles se estrechaban con las construcciones de pórticos, tiendas, balcones, en tal extremo, que impedían casi completamente el tránsito, aun fuera de las épocas de extraordinaria aglomeración, como el año jubilar. En algunas partes, no podían cruzarse ni siquiera dos hombres á caballo. El enlosado faltaba casi enteramente (prescindiendo de algunos comienzos del tiempo de Nicolao V), no sólo en medio de las calles, sino aun en las aceras á lo largo de las casas (2).

En este intrincado é insalubre caos, Sixto IV, reanudando el programa de Nicolao V, comenzó por introducir aire y luz. Las principales calles se empedraron, después de lo cual se pudo pensar en la limpieza de ellas (3). Ya dijimos arriba (4), que el en-

(1) Cf. Müntz III, 117 s. y además Rev. crit. II (1882), 158.

(2) V. Reumont III, 1, 403 s.

(3) Cf. Albertini 1. Intessura (ed. Tommasini 80 Anm.). Corio (264) hace resaltar expresamente que Sixto IV, con sus disposiciones, contribuyó á acrecentar la salubridad de Roma. Difícilmente se puede hoy formar una idea del estado de las calles de los tiempos antiguos. Muchas de las principales calles de Londres no fueron enlosadas hasta el siglo xv y xvi, mientras que Berlín no lo estaba todavía en la primera mitad del siglo xviii; aquí no comenzaron á barrerse las calles sino hasta el año 1600. Las ciudades de Italia, en que estaba más desarrollada la civilización, fueron las primeras en enlosar las calles; v. las fechas en Burckhardt, Gesch. d. Renaissance 212-213.

(4) V. arriba p. 250.